

La política ya no está en la política

Casi todo lo que nos rodea está condenado a cambiar o a desaparecer en los próximos años. Nada más realista que preguntarnos por qué vamos a sustituirlo. Y no serán los partidos quienes nos lo digan.

LOS partidos revolucionarios han venido funcionando como un tubo de escape y, en el mejor de los casos, como un medio de expresión para las aspiraciones y las rebeldías latentes o manifiestas surgidos al contacto con la realidad histórica. Estas aspiraciones no han sido nunca puramente políticas: el comunismo, el "socialismo científico", el anarquismo valían menos por su carácter positivo en tanto en cuanto sistemas alternativos que como negaciones de un orden que se soportaba mal y contra el cual constituían a la vez un refugio y un recurso.

Incluso cuando ese recurso y ese refugio eran sólo imaginarios, tenían el mérito de mantener en el seno de la sociedad un espacio de contestación y trascendencia: mostraban que aquel orden y aquella humanidad no eran los únicos posibles, que cabía al menos imaginarse algo radicalmente diferente y que el condicionamiento social no aniquilaba la capacidad de los hombres de plantear exigencias que, precisamente por ser provisionalmente irrealizables e incluso irrealistas, se afirmaban como incondicionadas.

Ahora bien, desde que los partidos de izquierda, en Europa Occidental, tienen como vocación la de acceder al poder del Estado por la vía electoral, han dejado de constituir un recurso, un refugio o sólo un medio de expresión para las aspiraciones incompatibles con las relaciones sociales existentes. La primera preocupación de los partidos de izquierda no es ya asegurar la traducción política de las protestas, revueltas e insatisfacciones de todo orden, sino hacer a los ciudadanos gobernantes por el poder del Estado cuando este poder pase a manos de la izquierda. Los partidos políticos expulsan así del campo

político una parcela importante de las aspiraciones al cambio, y particularmente estas aspiraciones nacientes, que todavía sin fundir en el molde de las normas académicas y de las formas institucionales, no son traducibles a programas de gobierno.

Esta "unidimensionalización" de la política no se debe simplemente, claro está, al envejecimiento de los partidos y a la falta de imaginación de sus dirigentes. Refleja una crisis de fondo del sistema, que restringe

de un lado el

ANDRE GORZ

los espacios en los que pueden realizarse cambios fundamentales sin graves trastornos ni rupturas. Ya ha pasado la época en que, en el marco de un neocapitalismo triunfante, cabía imaginarse la revolución como la resultante de un encadenamiento de reformas bien concebidas y escalonadas: haría falta hoy una revolución para que pudiesen llevarse a cabo reformas sustanciales.

Ahora bien, hoy menos que nunca puede realizarse un cambio re-

volucionario mediante la acción del Estado. Porque no sólo ocurre que la conquista del Estado no está al alcance de los revolucionarios, sino que ni siquiera se ve ya qué cosas fundamentales podrían cambiar si el poder central estuviese en sus manos. Las sociedades no se deshacen ni se rehacen desde arriba. La nuestra, que se ha descompuesto bajo el efecto de una concentración cada vez mayor de decisiones y de poderes, no puede recrearse si no es contra el Estado y no con su intervención. Sobre todo en un momento en que este Estado pierde su legitimidad por haber vaciado a la sociedad de su vida y su tejido autónomos.

Por eso el partido revolucionario es una especie en vías de extinción: si uno quiere el poder del Estado, no es lógico que se aspire al mismo tiempo a introducir en él cambios radicales. Si por el contrario uno



El campo de las aspiraciones autónomas, abandonado por los partidos, está siendo ocupado hoy por múltiples asociaciones y organizaciones con fines parciales y específicos. En la foto: Manifestación contra las centrales nucleares, en Bilbao.

